

bandido—qué quiere decir todo esto? Dónde está el Sr. Grant?

—No sé, hijito,—me contestó el hombre con un acento parecido al que usan los naturales de la parte norte de Inglaterra. Tal vez estará jugando al Monte.

—Qué no está á bordo?—pregunté sorprendido.

—No lo he visto!

—A dónde vamos?

—Al diablo, si nos disculdamos—me replicó el hombre, sonriéndole.

Justamente entonces el capitán bajó su telescopio, echó hacia atrás la manivela de la señal eléctrica que va á las máquinas y con una palabra se cambió la dirección del buque aumentando su velocidad hasta donde era posible.

—Qué quiere Vd. declarar?—le pregunté á mi hombre.

—Solenamente que desfilará V. una pequeña diversión antes de concluir. Esto es todo. Ha fumado durante tres días á fin de prepararse para ella.

Tres días!—grité.—Entonces á donde nos llevamos?

—En el mar,—contestó él vagamente, y siguió su faena, mientras que yo rebibí al paje para obtener alguna explicación del capitán. Pero era aquél capotano, y me contestó con una pronunciada regional tan mala que no pudo comprenderla. Recorrió todo el buque sin poder conseguir informe alguno. La tripulación era sin duda la más barata y vilana que jamás había encontrado, y se componía de relojos, luceros, turcos, en fin, de toda la escoria del Mediterráneo. ——Un paje había conocido una treintena de aquella escoria, un día durando el dardillo, otros fingiendo y charlando en todos los idiomas, pero, con sorpresa mia, al entrar oy á uno decir en inglés:

—Alfie vienes el patrón no es un raro tipo?

Miré á mi alrededor, pero no pude descubrir quién era el que batía hablado en inglés.

(Continuará.)

## ALGUNAS ANECDOTAS DE MIGUEL ÁNGEL

Cuantos hayan estudiado con el detenimiento que merece la existencia accidentada e interesantísima del maravilloso Buonarroti, sabrán de memoria lo que de su dura severidad y manera se proceder en todo ha conservado la tristeza y consignan como indubitable las biografías.

Pocas vidas, en efecto, ofrecen número tan grande de atractivos para los curiosos, como la larga y gloriosa de Miguel Ángel, escudada de incidentes fascinantes, realizada con frases que fundamentalmente se atribuyen al inmortal artista: amenizada, en fin, con hechos de autenticidad casi evidente, toda vez que tantos los afirman y cuantos los niegan.

Entre la multitud de anécdotas que los historiadores neogen, y que pueden ser de utilidad para los artistas, escogí al azar las siguientes, en la seguridad de que son más las que no las conocen ó no las recuerdan, que los que las tienen olvidadas de pura sabiduría.

Dicose, á propósito del magnífico grupo de "La Piedad" que ejecutó en Roma Miguel Ángel, que Canditi, su discípulo y después apóstolista, le preguntó, pacientemente intérprete de la opinión general, el por qué de haber acumulado sobre la frente de la Virgen tanta juventud y tanta frescura, olvidándose de la edad que la madre de Jesucristo debía tener cuando se representó el drama del Calvario.

—Esa pregunta—contestó el maestro—

me honra; la castidad constituye la eterna primavera de las vírgenes, y la inspiración del cielo es patente en mi obra, puesto que á tal punto he podido llegar en el retrato de la virginal pureza de la Madre de Dios. Lo contrario he procurado al esculpir la figura de su Hijo, que quiso revestirse de todas las faquezas peculiares á la naturaleza humana. No debe nadie, por consiguiente, extrañar de que haya desirto á María con juventud sin fin, del mismo modo que á Cristo, voluntariamente sujeto á las leyes del tiempo y del dolor, le he marcado las huellas de la edad y de los sufrimientos. La madre se eleva por encima de la humanidad, mientras que el hijo se confunde con ella y como ella muere.

—Cuando el Papa Julio II. conoció de cuanto era capaz Miguel Ángel, le llamó y dijo:

—Quiero un sepulcro para mí, tal, que ningún soberano de la tierra lo baya jamás al sonido. Un mausoleo, en fin, digno de Miguel Ángel y de Julio II.

—Será muy caro—contestó el artista, después de reflexionar y de entrever en su imaginación tan dispuesta a conceder grandezas, toda una epopeya de armas y bronce para guardar las cenizas de un Pontífice.

—Cuánto?—preguntó Julio II.

—Lo menos cien mil escudos...

—Dispón de doscientos mil, y comienza en seguida.

Sabido es el temerario empeño que tuvo de meter al recorrer las canteras de Carrara en busca de materiales para el panteón papal. A orillas del mar, inclinado sobre las olas que lamían sus plantas, se alzaba un descomunal peñasco de granito. Verlo Miguel Ángel, y concebible al instante la idea de tallar en él una estatua gigantesca que permaneciese allí para siempre, desafiendo las bras de los elementos, fué todo una cosa misma. Convertir aquella montaña en coloso, romper la monotonía de la costa con un espantoso monstruo, contra el cual vinieran las embarcaciones á despedazarse en tiempos de borrasca, aquello era dízimo de él.

Sin embargo, el Papa le llamaba impaciente; el panteón urgía. Y Miguel Ángel se resignó á volver á Roma, no sin decir con profunda tristeza, rompiendo los bocetos que ya había compuesto y contemplando á la imensa roca por vez primera:

—Esto sería mas hermoso que el pantheon...

Cierta vez quiso ver á Julio II para hablarle del proyecto de monumento, y como los cortesanos le cerraran el paso del gabinete de Su Santidad, que siempre tenía franco, alegando órdenes superiores, llamó á un guardia y le dijo:

—Venga á tu amo que no se moleste más en llamarme, porque me voy de Roma.

Y se marchó á Florencia.

Al expresarle el deseo de Pío IV de que cubriese los desnudos del "Juicio Final," respondió:

—Decidle al Papa que no se preocupe tanto de reformar mis pinturas, cosa fácil y que yo haré cuando quiera, y que cuide más de reformar los hombres que á más de ser su obligación, no es tan sencillo.

Aconsejaba siempre que, aun á riesgo de que las obras no resultasen tan perfectas, por no seguir las huellas de los maestros, desatendiendo la inspiración propia, se procurase por todos tener personalidad distinta, porque, según él, "el que se acostumbra á seguir no irá nunca adelante."

Un Orbaneja del siglo XVI, el pintor Bugiardini, le preguntó su opinión acer-

ca de un retrato que había hecho, y Miguel Ángel fué á verlo, y le dijo:

—Me parece bien, pero es demasiado negro oscuro de colocar los ojos en la mitad de las sienes.

Arguyó el retratista que así era el original, y Miguel Ángel repuso:

—Entonces la aberración es de la naturaleza.

En otra ocasión halló un muchacho de gran belleza y le preguntó su nombre. Al saber que era hijo del pintor Francesco, se separó de él, diciendo:

—Indudablemente lo hace mejor tu padre en realidad que en pintura.

En otra ocasión halló un muchacho de gran belleza y le preguntó su nombre. Al saber que era hijo del pintor Francesco, se separó de él, diciendo:

—Yo no deseo con el Arte, y he tenido descendencia, puesto que he producido otras. A mí me basta con eso. Giulio dejó un vasto patrimonio y muchos hijos. Qué será hoy de su nombre si no hubiese hecho las puertas de bronce del baptisterio de San Juan de Florencia... El diablo desapareció; los hijos murieron; el monumento está en pie, y aunque materialmente se perdiera, su memoria sería eterna.

Y tenía razón. Qué herencia ni qué posteridad hacía falta al nombre que nos dejó la cúpula de San Pedro, el "Cristo con la cruz" y el "Juicio final" de la capilla Sixtina?

## El antiguo arte de dorar

Es de uso antiguo imitar y fingir piedras preciosas, dotando á otras que no lo son de algunas de sus excelencias y calidades, habiendo nacido de aquí el difícil arte de colorir vidrios tan á la perfección y de tallarlos con tan soberbia maestría, que no pocas veces tomáronse por objetos naturales, fabricados en los mismos senos de la tierra. A la par de esta verdadera industria artística se desarrolla otra, todavía más notable e importante, algunos de cuyos procedimientos, poco ó nada difieren de los ahora usados y prescritos como de mayor eficacia y mejores resultados. Refiérome al dorado, y sobre todo, á las imitaciones de oro con rara habilidad hechas sobre la superficie de los metales, bien con objeto de falsificar aquél estimado cuerpo, ya para preservar otros de la acción del aire ó tratando de dar á las superficies metálicas ciertos pulimentos y en general inalterabilidad. El dorado de los metales susceptibles de tal operación ha de considerarse, pues, desde diferentes puntos de vista, según se trate de imitar, en cuyo caso, began á prescribirse maneras de simular el oro sin que el fraude pueda ser conocido ni de los propios artífices trabajadores del metal, se indaguen los medios puestos en práctica en el caso de depositar leves capas de oro sobre otros cuerpos, como metales y piedras, ó se busquen los procedimientos últimos del arte sublime de la transmutación y los productos, similares del oro, tan cercanos ya del oro mismo que llegar á la codiciada materia primordial parecía fácil trabajo, conforme fuera largo, minucioso y difícil alcanzar el "oro musivo" y otras substancias por el estilo, que si acaso sólo el color tenían del metal precioso.

Que la explotación es antiquísima lo atestiguan su empleo; pero desde que el mercurio fué conocido y se advirtió en él la propiedad de amalgamarse, viene el lavar las arenas auriferas de ciertos ríos, emplear luego el azogue y eliminar más tarde por el calor, mediante las operaciones que con verdadero lujo de pormenores se relatan en tratados de la-

guisima data. Pero la misma escasez del oro, su blandura para el trabajo, su hermoso e inalterable color y las condiciones que le hacen tener excesivo precio, fueron causa del empleo de las aleaciones más ó menos ricas de oro, del arte del dorado, llevado á prodigiosa perfección y de la industria del simbólico en sus variedades infinitas, desde la mezcla de plata y oro hasta las que no llevan ni trazas de ambos metales. Cuando se estudiaron las piedras precisas artificiales, á veces felicísimas imitaciones, como las de la celebrada y famosa mesa de don Pedro de Castilla, una verde al igual de la esmeralda, dotada de la virtud de ennegrecerse á la proximidad de un veneno, y la otra roja igual el rubí, que brillaba en la oscuridad como la misma luz del sol, ó se consideran los dorados artificiales sobre piedra, las alhajas de gran tamaño, los albornos primeros y los objetos de la más adelantada orfebrería, al lado del verdadero trabajo del artifice inteligente, afanoso de hacer á cada punto más perfecta su obra, junto á esta labor detenida que consiste en buscar procedimientos de labrar con ventaja el metal ya puro, ya ligado á otros que en nada alteran, antes mejoran, sus excelencias y calidades, vése siempre el afán, á la continua coronado por el buen éxito de imitadores y falsificadores, dotados á las veces de tan peregrino ingenio que sus mezclas, aleaciones y ligas pudieran tomarse por el mismo oro, hasta tal punto se confunden lo verdadero y lo con rara habilidad imitado.

Había, en mi sentir, razones potissimas para afanarse en buscar imitaciones del oro y dorar diversos cuerpos. No era siempre el intento falsificar, sino que se creía haber dado con cuerpos vecinos del oro, especie de antecedentes de aquella materia primordial, fuente y origen de los cuerpos todos, buscada é indagada en todos los procedimientos de la Alquimia y término preciso de sus operaciones y teorías. Casi al comienzo de la ciencia y á poco de conocido y alizado el mercurio que tomaba el color de los metales al amalgamarse con ellos, fué conocido el bistrifuro de estadio y obtenido mediante una serie de operaciones, ahora de fácil práctica, que ningún artifice, ni imitador de la piedra filosofal, dejó de hacer allá en lo más escondido de su laboratorio. Todo se reducía á fundir estadio y fundido mezclarlo con azogue, añadir azufre, sal amoníaco y sublimado corrosivo, poner la mezcla en una vasija denominada sublimatoria y calentar en baño de arena, hasta que no se percibiese hacia pedazos y en el seno de una masa negruzca veía el experimentador asombrado una capa de hojuelas doradas brillantes, suaves al tacto; más blandas y más adherentes; mercurio, estadio y azufre habían desaparecido convirtiéndose en aquel "oro musivo", que para ser oro sólo le faltaba la cohesión del metal. De igual suerte muchas aleaciones y substancias preparadas para dormir tuvieron por estudios diversos del aprendido cuerpo y á él reducibles.

Examinando el conjunto de los métodos antiguos empleados en el trabajo del oro, al punto salta á la vista la estrecha relación entre el orfebrero y el escribano sagrado, encargado de grabar con oro ó plata las inscripciones de los monumentos y las letras en los libros, y de ahí la igualdad de las recetas para ambas operaciones, exceptuando siempre la titulatura de los metales, obra ya más subtil y delicada. Todo ello, sin embargo, se practicaba con el mayor secreto, pocos eran los iniciados en aquellas sublimaciones y los procedimientos se transmitían á modo de vultosa herencia ó se consignaban en escritos que sólo decifraban y